

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Miércoles 1.º de Enero de 1862.

Núm. 25.

EDUCACION

DEL PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

La importancia moral y social que venimos atribuyendo á la educacion, no es el consejo de vanas y quiméricas doctrinas, sino el fruto sazonado y maduro de una dolorosa experiencia, que desde las mas ínfimas hasta las mas altas capas sociales ha llevado ya el triste convencimiento de ¡cuán costoso ha sido á todos los pueblos civilizados el desden con que han mirado siempre la preparacion del corazon y la inteligencia del infante, para que, adolescente y jóven, conozca y siga la senda de una ilustrada rectitud! Tampoco en los puntos que hemos tratado sobre su aplicacion y desarrollo, por mas que en algunos se nos haya calificado de sistemáticos ú optimistas, hemos consultado otras fuentes que las de una observacion directa y práctica sobre la condicion moral, psicológica y física del individuo en sus múltiples relaciones, ni nos ha arrastrado otro pensamiento que el de colocar en el rango que á cada uno corresponde, los diversos agentes de la educacion privada y pública, á fin de que una y otra, base la mas sólida de la civilizacion, dejen de verse bastardeadas y sostener la marcha débil, incierta y vacilante que la humanidad sigue hácia la realizacion de sus destinos. Y en prueba de que no es utópico ni exagerado nuestro modo de ver las cuestiones de educacion, registramos hoy en las modestas páginas de nuestro periódico, con verdadera efusion de noble orgullo, uno de los testimonios

mas elocuentes de la importancia social que ya se concede á la educacion del hombre desde sus primeros pasos; y lo ofrecemos á las madres de familia, como el ejemplo mas digno de imitarse, con las modificaciones que el diferente rango de cada una reclame en los accidentes de forma y extension para la educacion de sus hijos.

Este testimonio, que encierra un verdadero tesoro de amor y solicitud hácia los caros objetos en quienes se reproduce y regenera nuestro sér, al propio tiempo que resplandece por las altas miras que lo han dictado, es á nuestros ojos un título de gloria para nuestro pais, y una leccion digna de estudio bajo los diferentes puntos de vista que puede considerarse, muy principalmente bajo su aspecto científico y pedagógico. Nos referimos, pues, á la carta que SS. MM. la Reina y el Rey dirigieron al marqués de Corvera en 28 de noviembre de 1860, siendo este ministro de Fomento, para que preparase oportunamente los medios de educacion para la del Príncipe de Asturias, y que no ha visto la luz pública hasta ahora que todos están adquiridos, y en su mayor parte preparados, bajo un plan el mas completo de que hay ejemplo hasta el dia para desarrollar un sistema razonado y trascendental de educacion, cual corresponde á la persona de que se trata. La prensa periódica ha hecho justicia al elevado pensamiento de la Reina, pero creemos que no tan por completo como merece esta prueba de gran Reina y de madre. Nosotros, muy distantes de elevadas regiones, ocupados hoy

en mantener viva una modesta antorcha que guie la conducta de la muger en los cuidados educativos de sus hijos, y enseñe á la jóven el camino de la instruccion, el trabajo y un moral entretenimiento, nos vamos á permitir la emision del juicio que nos ha merecido este documento, y algunas ligerísimas apreciaciones adecuadas á la índole de nuestro periódico, con la mas franca y leal intencion, y sin que nos deslumbre la magestad, ni nos arrastre la adulacion, que tan acostumbrados estamos á ver siempre muy de lejos; pero inspirados, sí, algun tanto, lo confesamos, por el noble orgullo de que como españoles creemos deber participar, al ver á nuestra Reina dar un ejemplo y sábio aviso á los monarcas de su siglo, como jamás ningun rey ha dado, pagando el triple tributo de amor á sus hijos, respecto á la civilizacion é interés por la suerte de los pueblos. He aquí la carta á que nos referimos:

«Marqués: El Príncipe de Asturias, nuestro muy amado hijo, cumple hoy tres años, y nuestro carazon rebosa de júbilo al contemplar su precoz desarrollo y su viva inteligencia. Pero tambien crecen por él y á la par en nuestra alma los cuidados y nuestro afanoso anhelo como padres y como reyes. ¿Qué debemos hacer para que se empiece á educar desde sus tiernos años como corresponde al heredero del trono de San Fernando? Nosotros deseáramos, nosotros quisiéramos que fuese, y con la esperanza en la divina Providencia, queremos que sea un príncipe digno de la grandeza á que aspira España en su nueva era de renacimiento y prosperidad, de la cual en sus bondades ha querido que yo la Reina, aunque combatida desde la infancia por encontrados elementos, fuera primer eslabon y segura base. Quisiéramos que fuese en su dia un príncipe capaz de comprender y regir las grandiosas y complicadas circunstancias de su época: piadoso, ilustrado, valeroso, magnánimo, instruido en todas las cosas de la paz y de la guerra, y de tan leal, franco y firme carácter, como lo es el de la

nacion á que la Providencia le ha destinado: Príncipe de corazon español, digno de España y digno de su nombre.

No dudamos que sus sentimientos se cultivarán á nuestro lado del modo mas profundo y favorable á estos objetos; pero no es bastante: nuestros cuidados y la elevacion del príncipe exigen el concurso de otros muchos medios; y esto es lo que confiamos que suplirán una educacion é instruccion bien entendidas, empezando por la primaria, cimiento de las demás, que queremos sea desde luego planteada por tu inteligente celo, y por la acendrada lealtad que en tí siempre hemos reconocido.

No es nuestro ánimo promover un desarrollo anticipado de las facultades del Príncipe, sino empezar á darles direccion prudente. Anhelamos que comience á recibir una educacion física bien proporcionada á su organizacion y desarrollo sucesivo; que sus sentimientos religiosos y morales se cultiven de la manera mas conveniente; que su inteligencia se ejercite á medida de su edad, y que sus facultades prácticas y de accion guarden constante armonía con las demás; que se dé, en suma, temprano y bien entendido principio á su sólida educacion futura. Porque, como hemos dicho, van surgiendo en nuestros tiempos cada dia tan nuevas circunstancias y tan diversas necesidades para las naciones, que España, llamada á volver á su antigua y elevada gerarquía entre las demás de Europa y de América, necesita que el heredero del trono llegue á ser tan digno de dirigirla y representarla como nosotros deseamos. Ténlo muy presente; y emplea todo tu celo y toda tu lealtad é inteligencia para hallar los medios de que se cumplan nuestros designios. El Todopoderoso te conceda el mayor acierto y te guarde muchos años.

De Palacio á veintiocho de noviembre de mil ochocientos sesenta.»

Pálido será cuanto digamos de este importante documento, como no sea reproducir textualmente sus concisas y elocuentes pala-

bras. Pero desde luego se advierte que de su lenguaje y sentimiento brota á torrentes la mas alta veneracion á los deberes de Reina y de madre; que en el fondo de su pensamiento se retrata la mas tierna solicitud y la ocupacion mas modesta de una madre; y en las importantes consideraciones que le sirven de fundamento, se ofrece la prueba mas irrefragable de la sábia prevision de una Reina.

¿Y qué pueden aprender de aquí, como hemos dicho al principio, las madres de familia? Mucho y muy importante, de cuanto nos esforzamos en darlas á conocer con las doctrinas emitidas en nuestros artículos. ¿Queréis saber cuál es la síntesis de los deberes de una madre respecto á la educacion de sus hijos, desde los primeros momentos en que se manifiestan sus afecciones? Consultad las aspiraciones de la Reina en el primer párrafo de su carta; haced abstraccion de su alto rango; y, apreciando las dotes que desea ver atesoradas en su dia en la inteligencia y el corazon del Príncipe, acomodadlas á la clase y rango en que os ha colocado la fortuna, y al destino que ella puede reservar á vuestros hijos. Impregnaos de los sentimientos de madre que se consignan en el segundo párrafo; dadles abrigo en vuestro corazon, y sacrificando á su culto constante todas las vigiliass que reclama, preparad á vuestros hijos para recibir con fruto la saludable influencia de la cooperacion que ella demanda para su obra á la sabiduría y la experiencia: y por último, si deseais un guia seguro para la direccion suprema que en la educacion os confia la naturaleza, seguid paso á paso, y como el mas sábio consejo, el rumbo que ha trazado á S. M. el anhelo de ver colmada en su hijo la mas noble de las ambiciones como Reina y como madre; pues en las precisas y sencillas frases que lo manifiesta en la primera parte del último párrafo de su carta, se encierra todo un sistema completo y filosófico de educacion. En este notable pasaje os dice: procurad á vuestros hijos la salud y robustez proporcionadas á su edad, y el natural desar-

rollo físico que la corresponde; y como con ellas se manifieste una vida activa, en el movimiento de sus facultades hallareis comprendido el de los sentidos, bajo cuya direccion puede llegar vuestra influencia á su corazon y su entendimiento, para que, en perfecta armonía con la fuerza y aptitud de que esté dotado, se desenvuelvan los sentimientos y se inicie la instruccion que han de servir de base á una sólida educacion futura. En este profundo y filosófico pensamiento están compendiadas las leyes y principios cardinales, bajo los que se puede desenvolver el mas acertado sistema de educacion, y con dificultad se dice mas ni mejor en tan corto número de líneas. Nos atrevemos á asegurar, que sin salir de su texto puede un hombre pensador hallar materia para escribir un tratado completo de educacion; ¡tan profundas y trascendentales son las ideas que se han reasumido en tan pocas palabras!

Tememos molestar á nuestras lectoras alargando este artículo con otras muchas consideraciones que nos ocurren, y suspendemos por hoy, anunciándolas que en el número inmediato insertaremos la contestacion que á la carta de SS. MM. dió el marqués de Corvera, con una ligera idea de la manera como ha correspondido al elevado cometido que se le confiara, y sin perjuicio de que mas adelante nos ocupe este importante asunto en todo lo que ofrezca de útil y provechoso á nuestras lectoras, y al fin de nuestro periódico.

L. R. Y P.

Nacimiento de Jesucristo. — Circuncision. — Adoracion de los pastores y de los magos.

Por orden de César-Augusto, Cirinus, gobernador de la Siria, efectuaba el empadronamiento de toda la tierra, y cada habitante iba á inscribirse á su pueblo natal. Como José era de la casa y de la familia de David, fué desde la ciudad de Nazareth á la de David, llamada Belen, para inscribirse con María, su

esposa, que estaba en cinta. Estando en Belén dió á luz su hijo, al cual envolvió en mantillas y acostó en un pesebre, porque no hubo otro sitio para ellos en el mesón: convenia que el Salvador viniese al mundo y viviese en la mayor pobreza, para ser el consuelo y el modelo de los que sufren mas pruebas en la tierra.

Habia en las cercanías pastores que pasaban la noche en los campos, velando por turno para guardar sus rebaños. Aparecióse á ellos el Angel del Señor con resplandores divinos que los aterrorizó; pero el Angel les dijo: «No temais; os anuncio una grande alegría, en la cual tendrá parte todo el pueblo. Os ha nacido hoy un Salvador en la ciudad de David. Es Cristo, el Señor, y he aquí en qué lo podreis reconocer: encontrareis un niño envuelto en mantillas y acostado en un pesebre.» En seguida se incorporó al Angel un gran grupo del ejército celestial, alabando á Dios y diciendo: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Luego que los Angeles se retiraron al cielo, los pastores se dijeron los unos á los otros: Vamos á Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha participado. Fueron con presteza, y encontraron á María y José con el niño, que estaba colocado en un pesebre. Entonces vieron con sus propios ojos lo que se les habia dicho del niño. Todos se admiraban al saber esta nueva, escuchando lo que decian los pastores: estos se retiraron glorificando y alabando á Dios por todo lo que habian oido y visto, conforme á lo que se les habia dicho.

Ocho dias despues fué circuncidado el niño, y se le llamó Jesus, nombre que el Angel le habia dado antes de que hubiese sido concebido.

Nacido Jesus en Belén de Judá, en tiempo del rey Herodes, vinieron magos (estos magos eran sábios, y tambien se cree comunmente que eran reyes) del Oriente á Jerusalem, y dijeron: ¿Dónde está el rey de los Judíos que ha nacido? Hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. Al oir esta nueva el rey

Herodes se turbó, y toda la ciudad de Jerusalem con él. Reunió todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas (como llamaban los judíos á aquellos cuyo ministerio era copiar y explicar las Escrituras), y les preguntó dónde debia nacer Cristo; á lo cual contestaron: «En Belén de Judá, y he aquí lo que está escrito por el Profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, puesto que de tí saldrá el que gobernará á Israel, mi pueblo.» Entonces Herodes llamó secretamente á los magos, se informó con cuidado del tiempo en que habian visto la estrella, y los envió á Belén, diciéndoles: Id, tomad exactos informes respecto al niño, y cuando lo hayais encontrado, hacédmelo saber para que yo vaya á adorarle.

Luego que el rey les dijo esto, partieron. La estrella que habian visto en Oriente se les puso delante, hasta que se detuvo sobre el lugar en que estaba el niño. A la vista de la estrella tuvieron una grande alegría. Al penetrar en la casa encontraron al niño con María, su madre, y prosternándose lo adoraron. Abrieron luego sus tesoros y le ofrecieron presentes de oro, de incienso y de mirra. Advertidos en sueños de que no volviesen á buscar á Herodes, se marcharon á su pais por otro camino.

REFLEXIONES.

Cuando pensamos en que el Salvador del mundo nació en un establo, nuestra fé no debe turbarse. Que Dios se haya hecho hombre, es un misterio que no se explica algo sino por su amor incomprensible hácia sus criaturas; pero que el Hombre-Dios repose en un pesebre, tal estado de pobreza es, nos parece, consecuencia necesaria del misterio de la Encarnacion. A los ojos de Dios nada es grande mas que la virtud, y la virtud brilla con su mas vivo esplendor en la humildad: era justo, pues, que el Hijo de Dios, haciéndose hombre, eligiese esta condicion meritoria: como la condicion de sufrir es la mas ordinaria del hombre, convenia que Jesucristo, para ser nuestro modelo, naciese en ella.

LA EDUCANDA

HUERTAS, 28. PRAL. MADRID.

ENERO, 1862.



MA

Ayuntamiento de Madrid

Pero ¿no es esta misma condicion por la que el hombre debe necesariamente pasar al nacer? Todos nacemos con las mismas necesidades, y casi todos sufrimos igualmente. El que al dejar el seno de su madre reposa sobre la púrpura é inclina su cabeza sobre una diadema, no tiene un alma de naturaleza superior al que acostado en un pesebre inclina su cabeza sobre algunas briznas de paja: su inteligencia no está mas ilustrada, su cuerpo no es mas fuerte ni está mas exento de sufrir.

Sin duda que hay hombres mas abatidos por los sufrimientos y mas indigentes que algunos de sus hermanos; pero es necesario reconocer que si reciben menos favores en el orden temporal, los reciben por lo general mas abundantes en el orden espiritual. He aquí una prueba bien palpable: ¿A quién fué anunciado primero el nacimiento del Hijo de Dios? A unos hombres que guardaban sus rebaños. ¿A quiénes vemos presentarse primero en el establo? A estos mismos pastores. Los magos se presentan tambien; pero son los últimos llamados. La gracia los atrae de lejos. De todos los grandes y de todos los sábios de la Judea, ninguno parece haber oído el lenguaje de la fé. Veamos tambien cómo las gracias están en proporcion con las condiciones. Los magos son dirigidos por una estrella; tienen necesidad de su ciencia para comprender el mudo lenguaje, y sin embargo, aquella luz vacilante que los conduce se oculta algunas veces á sus ojos. La sencillez de los pastores reclamaba un lenguaje mas inteligible; pues bien, se les aparece un Angel y les anuncia el nacimiento del Mesías; les indica las señales que lo dan á conocer, y, como para confirmar su testimonio, un grupo numeroso del ejército celestial los impresiona con sus divinas armonías.

Todas las criaturas humanas que están en condiciones poco elevadas, y aun las que sufren las mas duras y amargas pruebas, deben rendir homenajes de reconocimiento á la divina Providencia, y saber aprovechar la gracia que les concede.

Un jóven príncipe habia sido educado en un palacio. Su padre era un rey sábio; pero como estaba enteramente ocupado en el gobierno de su reino, habia confiado su hijo á personas que bastardearon su educacion. Cuando el príncipe admiraba las mas ricas producciones de las artes, si preguntaba: «¿Quién ha hecho estas cosas tan bellas?» Le respondian: «Los súbditos de vuestro padre.» Si añadia: «¿Y para qué?» Se le contestaba: «Para la felicidad de vuestro padre y de su familia.» Si recorria los campos, admirando las doradas mieses, los frutos pendientes de los árboles, pareciendo invitar la mano á cogerlos; la viña de las colinas, inclinada como para recibir en todas sus partes los rayos del sol, y decia: «¿Qué mano ha dispuesto todas estas riquezas con tan bello y admirable orden?» Se le contestaba: «La mano del hombre, sin la cual la tierra solo produciria espinas y abrojos.» Si añadia: «¿Y para qué todas estas producciones?» Se le decia: «Este grano sirve al hombre para recuperar sus fuerzas agotadas, y estos frutos para alegrar su corazón.» Cuando levantaba los ojos al cielo y preguntaba: «¿Qué mano ha erigido este vasto pabellon?» Se le respondia: «Existe desde el principio del mundo.» Y si añadia: «¿Para qué sirve?» Le decian: «De él se exparcan sobre todas las partes de la tierra la luz que la ilumina, el agua que la humedece y la dispone para producir sus frutos, y el calor que la fecunda.»

De esta manera, tanto en las preguntas como en las respuestas, jamás una palabra del Criador, ninguna voz, ninguna luz que penetrasen en su alma para llamarla á la adoracion de Dios.

Vióse el príncipe obligado á expatriarse con su padre, que habia sido destronado. «¿Por qué no estamos ya en un palacio?» le dijo un dia. El padre le respondió: «Hijo mio, Dios nos lo habia dado y nos lo ha podido quitar, porque es dueño de sus dones.» «¿Y cómo, replicó el hijo, siendo Dios bueno nos hace desgraciados?» A lo cual contestó el

padre: «Lo que nosotros llamamos desgracia es á veces una gran felicidad. Nosotros necesitábamos este abatimiento para que se despertasen en nuestras almas sentimientos mejores. Reflexiona que el Hijo de Dios nació en un establo, y sufrió infinitamente mas que nosotros podemos sufrir en toda nuestra vida: ¿de qué nos quejamos?»

En la escuela de la desgracia el príncipe se reformó pronto: llegó á ser religioso, dulce, afable, compasivo; y se añade que fué mas feliz en la emigración, practicando la virtud, que lo habia sido sobre las gradas del trono abandonándose á sus pasiones.

ORACION.

Jesús, Dios niño, que no perdeis de vista al hombre niño; libradnos de nuestra ignorancia, fortificad nuestra debilidad; dadnos siempre la sencillez de los pastores y el ánimo de los magos; haced que la fé, esta estrella que ilumina nuestras almas, nos lleve con frecuencia á vuestros piés; y que, prosternados ante vos, os ofrezcamos el oro puro de la caridad, el incienso divino de la oración y la mirra de la penitencia.

J. T. L.

ISABEL ESTUARDO.

I.

Cuando la reina Enriqueta de Inglaterra, hija de Enrique IV de Francia y esposa de Carlos I de Inglaterra, abandonó esta isla al principio de la revolución, llevó consigo cuatro de sus seis hijos, no habiendo podido reunirse con ella los otros dos, Isabel y Enrique, duque de Gloucester, que quedaron, como su padre, prisioneros del Parlamento revolucionario.

La princesa Isabel habia nacido en el palacio de San James el 8 de enero de 1635, y desde su mas tierna infancia manifestó un ingenio vivo y perspicaz, una inteligencia recta y profunda con las mejores disposiciones para el estudio: así, cuando apenas contaba diez años, ya su padre solia consultarla antes de tomar alguna resolución grave, porque habia reconocido en la jóven princesa tanta rectitud de espíritu,

como penetración y talento precoz. Era Isabel fina, esbelta y delicada, pero tambien de aspecto gracioso y expresivo: catorce años tenia cuando perdió á su buen padre, cuya muerte la causó tal impresión y tan vivo dolor, que desde entonces comenzó á decaer visible y rápidamente; habiendo contribuido á su triste y prematuro fin la vista de aquellos lugares donde el rey mártir pasó sus últimos días, pues los verdugos de este tuvieron la crueldad de dar por prision á Enrique y su hermana la misma fortaleza de Carisbrooke, en la isla de Wight, que lo fué antes de su padre.

II.

El 29 de enero de 1649, los soldados de Cromwell vieron entrar por la sombría puerta de Whitehall dos niños, á quienes acompañaba una señora principal: una jovencita de trece años, vestida sencillamente de negro, de noble aspecto y rubia cabellera, daba la mano á un interesante niño como de ocho años, pálido y delgado como ella; eran hermanos, y ambos parecían tan tristes y tan preocupados, que fácilmente se adivinaba que sobre aquellas hermosas cabecitas pesaba un grande infortunio.

Atravesaron los niños una y otra sala de aquel edificio, todo lleno de guardias, hasta que llegaron á una cámara, á un salón, mas triste y lúgubre que los demás, donde hallaron á su padre, sereno, tranquilo, lleno de dignidad, escribiendo sobre una mesa. Pero cuando aquellas angelicales criaturas se precipitaron en sus brazos, la naturaleza venció al heroísmo del prisionero, y este prorumpió en lágrimas y sollozos, que sofocaban su aliento y embargaron durante algunos instantes su voz.

¡Aquel padre era Carlos I, que iba á morir al día siguiente! ¡Aquel rey, caballero y melancólico, apasionado y poético como María Estuardo, que estimaba las artes como un verdadero artista, que honraba las letras como hombre de talento, que amaba á su pueblo como un padre, y á quien su pueblo mismo, extraviado, seducido, habia condenado á muerte por la voz del Parlamento!

¡Y aquellos pobres niños eran el duquesito de Gloucester y la jóven princesa Isabel!

III.

Dominada su emoción, conversó un rato con sus hijos el noble prisionero: entregó á Isabel algunas alhajas para su madre y para sus hermanos, y á ella la dió la Biblia, que durante su prision no habia dejado

un momento de la mano, y en la cual habia hallado tan elevados y profundos consuelos.

Aquella entrevista pareció aliviar algun tanto el alma dolorida de Carlos; pero hirió para siempre los corazones de los dos niños, quienes pudieron comprender en los dias siguientes la confirmacion de su desgracia por el mayor rigor con que se les trató. Quitáronles sus criados, despojáronles de sus títulos y tratamiento de príncipes, y Cromwell llegó hablar de hacer que los augustos huérfanos aprendiesen un oficio, el jóven duque el de zapatero, y ella, la interesante y dulce princesa, el de botonera.

Estas miserables indignidades, que felizmente para la nacion inglesa no llegaron á cumplirse, hacen recordar las que mas adelante sufrió el hijo de María Antonieta á costa de su vida.

IV.

Los historiadores contemporáneos hablan poco de la muerte de la princesa Isabel, tan admirable por su talento, como universalmente celebrada por su precoz ingenio y por su simpática belleza. Van Dyck hizo su retrato cuando tenia solo siete años, apareciendo en él una niña de cuello largo y esbelto, de rostro animado y fisonomía despejada.

Doce años tendria Isabel cuando el conde de Montreuil, embajador de Francia en Lóndres, escribia á su córte, hablando de ella, que era de gran belleza, y recordaba por su ingenio á su abuelo el rey Enrique IV; añadiendo, que nunca habia visto en un niño tanta gracia, elevacion y sensibilidad. Hume vá aun mas allá, concediéndola una gran superioridad en sus ideas; y el canciller Clarendon afirma que su extraordinaria y profunda inteligencia admiraba al rey, su padre, que frecuentemente la consultaba, dando suma importancia á sus juiciosos pareceres sobre los hombres y las cosas.

V.

En una fria mañana de marzo el conserge de Carisbrooke recibió en la fortaleza dos niños vestidos de luto, que habian sido conducidos á ella por una escolta de soldados, y no eran otros que los príncipes Enrique é Isabel, huérfanos ya de padre, y aun de madre pudiera decirse, porque tambien esta habia muerto para ellos. El conserge los hizo entrar en un salon, donde, á pesar de las órdenes que se le dieron para que prescindiera del rango de los presos, prestó á estos todas las consideraciones debidas y los auxi-

lios que necesitaban, ayudado por su muger, que les ofreció una buena lumbre y algun alimento. El príncipe aceptó con placer, porque sentia hambre; la princesa, que tosia mucho, no tomó mas que una taza de leche caliente.

Llevados á sus habitaciones, la princesa, rendida de fatiga, se apresuró á acostarse, pero antes quiso asomarse á la ventana y contemplar un instante el cielo: al verla un soldado que hacia la centinela al pié de la muralla, la dijo brutalmente que por aquella gótica ventana habia intentado escaparse el rey Carlos. La princesa Isabel, penosamente afectada, prorumpió en sollozos, hasta que, tomando la Biblia que su padre le habia dado, la besó, la puso sobre su almohada y pareció calmarse un tanto.

A la mañana siguiente, cuando la muger del conserge entró en el cuarto, halló á la princesa orando con su hermanito, á quien ella misma habia vestido y lavado, demasiado orgullosa para reclamar servicio alguno contra las órdenes de los asesinos de su padre. Madre adolescente, la desgracia la habia inspirado toda la delicadeza de los cuidados maternos.

Como habia cesado de nevar, los niños pidieron permiso para dar un paseo por el patio y por la muralla; y habiéndoselo concedido, porque la fortaleza estaba cerrada por todos lados, y los jóvenes prisioneros no eran capaces de fugarse, vióseles, tan luego como fueron dueños de sus pasos, dirigirse juntos, sin consultarse, hácia aquella parte de la muralla adonde daba la ventana ojival: apoyaron en los hierros sus cabezas, y, abrazados, permanecieron largo tiempo pensando en su padre.

La constante vista de esa ventana contribuyó sin duda alguna al decaimiento de la sensible y dulce Isabel: la cabeza del rey, pasando al través de los barrotes, ofrecia á su imaginacion el espectáculo del cadalso donde cayó la ensangrentada cabeza de su padre; y cada dia, cada instante aquella ventana, demasiado estrecha para la evasion, la recordaba la afrentosa muerte del rey. Era esto un tormento continuo, á que habia condenado á aquellas pobres criaturas la refinada crueldad de sus enemigos.

Sin embargo, en los dias siguientes á su llegada, la princesa dió muestras de su ánimo, arreglando su pequeña habitacion, la escasa biblioteca que se le habia permitido llevar á su prision y su escritorio, donde trabajaba muchas horas al dia: colocó su cama frente á la ventana; y, así, cuando mas adelante la debilidad la obligaba á quedarse dias enteros en el

lecho, su mirada permanecía constantemente fija en aquella fatal ventana. Obtuvo de la muger del conserje que abriese el cuarto donde el rey había estado preso: el primer día que entró en él derramó abundantes lágrimas, creyendo leer en las paredes todas las penas allí sufridas por su padre; y ayudada por su hermano, trasformó en oratorio aquella triste habitación.

Se ha dicho que los sufrimientos del alma acaban la vida antes que los padecimientos físicos, y la historia de la princesa Isabel lo confirma. Sin embargo, quería vivir, vivir para educar á su Enrique, según la sagrada promesa que había hecho á su padre.

¡Qué atenta, qué cuidadosa fué siempre con su hermanito! Mientras tuvo aliento y fuerza, le hacía recitar todos los días algunos versos latinos, hablándole de la historia de Inglaterra, de la de Francia y de otros países lejanos, y ocupándose ella en varias labores para los dos, en tanto que el duquesito escribía sus lecciones: el movimiento de la aguja la fatigaba tanto á causa de su debilidad, que sobre su pálida frente brillaban algunas gotas de sudor, siendo su respiración cada día mas angustiosa.

En vano la buena carcelera la suplicaba dejase su doble trabajo, pues siempre la respondía: «No puedo dejar á mi pobre hermano en la ignorancia, y, por otra parte, necesito servirme á mí misma, puesto que así lo han decretado los verdugos de mi padre.»

Lo que sobre todo hizo incurable su mal, fué que ninguna voz de afuera la llevaba una sola palabra de esperanza, ignorando la suerte de su madre y de sus otros cuatro hermanos. ¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? Si estaban libres, ¿cómo no les socorrian?

Conocía bien su estado nuestra jóven princesa; sin embargo, no salía de sus labios ninguna queja, antes se la oía hablar frecuentemente del perdón de sus enemigos y de la verdadera grandeza del Cristianismo, diciendo cosas que admiraban á cuantos la oían.

Hacia el fin de mayo, la isla, cubierta de flores y el mas bello follaje, ofrecía á los presos la ocasión de pasear todos los días, ya por la muralla, ya por la plaza de armas, siendo aquella su sitio de preferencia por la ventana que tanto les atraía y por el bello campo que ante su vista se presentaba. Veían á lo lejos deslizarse magestuosamente por la mar hermosos navíos; seguían con sus miradas los trabajos campestres y las diversiones de los aldeanos, que en los

campos vecinos se entregaban á sus faenas agrícolas y en la pequeña aldea de Carisbrooke bebían alegremente.

Cierto hermoso día pasó delante de ellos una boda: los aldeanos, que formaban el cortejo, cantaban, llevando en sus manos ramilletes de flores; pero cuando percibieron sobre la muralla á los hijos del rey abrazados tristemente, cesaron en sus canciones y les echaron sus ramos en señal de homenaje: entonces, la jóven princesa desató una crucecita de oro que llevaba al cuello, é inclinándose hacia la desposada se la arrojó con gracioso ademán.

Otro día oyeron á los marineros de una barca cantar, sin duda por hábito, el himno de la marcha real de Inglaterra: la tranquilidad del mar y de la campiña permitía que llegase á los oídos de los príncipes aquel sonoro canto. — «Escucha, hermano mío,» exclamó Isabel, aun hay quien ama á nuestro padre.» Y, dichosa por un instante, abrazó á Enrique.

Así pasó la primavera, y así pasaba el verano, desmejorándose rápidamente la princesa, cuyo esbelto cuerpo se encorvaba, y cuyo rostro, tan pálido como el marfil, parecía de una muerta, á no ser por sus hermosos y brillantes ojos negros, que daban luz y vida á aquella cadavérica fisonomía. — Una mañana, en tanto que los hermanos daban su paseo, acompañándoles la muger del conserje, á causa de la extrema debilidad de la jóven, dejóse oír el cántico fúnebre del entierro de una doncella, que era conducida al cementerio. Los que la acompañaban lloraban, porque apenas contaba quince años. — «¡Oh! no lloréis, les dijo la princesa Isabel; el descanso en el seno del Señor es la felicidad.»

VI.

Cuando llegaron los calurosos días del mes de agosto, la enfermedad de la noble princesa se agravó, faltándole ya las fuerzas para su acostumbrado paseo por la fortificación, y bien pronto no pudo siquiera abandonar su humilde habitación: cuando hablaba, su voz era tan apagada y débil, que conmovía profundamente; y como apenas dormía, porque la tos no la dejaba, cada mañana creía hallarla su honrada carcelera mas pálida y abatida. A pesar de esto, todavía se ocupaba en dar lecciones á su hermano, leer en sus queridos libros y escribir sus padecimientos morales, bien que no podía hacerlo sin gran trabajo y fatiga: entonces decía resignada: «¡Espere-

»mos!» En vano eran los cuidados, pues si estos hubieran podido salvarla, la muger del conserge hubiera salvado á aquella infeliz criatura, cuyo corazon estaba destrozado. A la caída de las hojas vióse claramente que estaba perdida sin remedio.

Una mañana (8 de setiembre de 1650) al entrar la compasiva alcaidesa en el cuarto de la princesa Isabel con la taza de leche, que esta acostumbraba tomar al despertarse, en lugar de hallarla sentada en su cama y tosiendo, como sucedia todos los dias, la vió tranquila, estendida, inmóvil; sus hermosos cabellos caian sobre su cuello de cisne; su mejilla izquierda descansaba sobre su inseparable Biblia, que sin duda habia estado leyendo hasta dormirse; y entre sus manos juntas apretaba un papel escrito. ¡No se sentia su respiracion, ni el menor gesto turbaba la serena inmovilidad de su fisonomía! ¡La pobre niña habia muerto sola durante la noche! Pero ¿cómo? ¡Jamás se ha sabido!

VII.

El papel que la malograda princesa tenia en sus manos al morir, parecia haber sido escrito la víspera de su muerte. He aquí lo que decia: «Lo que el rey me dijo el 29 de enero de 1649, la última vez que he tenido el honor de verle:

»El rey me manifestó que se creia dichoso al verme; pues de otro modo no habria podido decirme muchas cosas, que solo á mí podia y queria confiar. —«He temido, añadió, que la crueldad de mis celeros me privase de esta postrera satisfaccion; mas puede ser, corazon mio, que olvides lo que te voy á decir,» prosiguió vertiendo abundantes lágrimas. Yo le aseguré que escribiria todas sus palabras. —«Hija mia, me dijo, no te aflijas: mi muerte es gloriosa; muero por la religion y las leyes.» Entonces me citó los libros que debia leer para fortalecer mi alma, y en seguida me aseguró que perdonaba á sus enemigos, deseando que Dios les perdonase, y recomendándonos á mi hermano y á mí que los perdonásemos tambien. Repitióme muchas veces dijese á mi madre que su pensamiento no se habia apartado de ella un instante, y que su amor seria constante hasta el fin; ordenándonos que la obedeciésemos siempre y la amásemos mucho. Viendo que llorábamos, volvió á decirnos que no nos aflijésemos por él, puesto que moria como mártir, seguro, además, de que su hijo recobraría algun dia el trono, y entonces seríamos todos mas dichosos

»que viviendo él. Tomó en seguida á mi hermano Gloucester sobre sus rodillas, y le dijo mirándole fijamente:—«Corazon mio, van á cortar la cabeza á tu padre: óyeme bien, van á cortar la cabeza á tu padre, y tal vez quieran hacerte rey; pero no olvides jamás lo que te digo: tú no debes serlo mientras viva tu hermano Cárlos, ó tu hermano Jacobo. Por esto te mando *que no te dejes hacer rey.*»

»El niño suspiró profundamente, respondiendo, »que antes se dejaria hacer mil pedazos. Estas palabras, pronunciadas por un niño tan pequeño, conmovieron y contentaron al rey. En seguida le habló de sus deberes, encomendándole que guardase fielmente su religion y temiese á Dios: mi hermano prometió cumplir los encargos de mi padre.»

Aquí parecia interrumpido el relato de la despedida del rey y de sus hijos: efectivamente lo habia sido por la muerte que heló de repente la mano de la angelical princesa.

VIII.

El cuerpo de la infortunada Isabel fué conducido sin pompa alguna á la iglesia de Newport, a compañía solamente del conserge, su muger y algunos soldados. ¡El pequeño príncipe, bañado el rostro en lágrimas, hacia el duelo, libre por un solo dia para salir al campo conduciendo el féretro de su amada hermana!

El gobernador de Carisbrooke seguia á la comitiva, no tanto por rendir homenaje á la difunta, como asegurarse del cumplimiento de sus órdenes.

El cuerpo de la princesa Isabel fué encerrado en una caja de plomo, sobre la que se leia esta inscripcion:

Isabel, hija segunda del último rey Cárlos,
muerta el 8 de setiembre de 1650.

Bajóse el ataud á las bóvedas de la iglesia de Santo Tomás de Newport; y, colocado bajo un arco cerca del altar, señalóse el sitio con las iniciales E. S. (Elisabeth Stuard.)

El pequeño duque de Gloucester volvió moribundo á la fortaleza de Carisbrooke, donde rehusó absolutamente tomar alimento; y Cromwell, temeroso de que muriese tambien en la prision, mandó se le pusiera en libertad; siendo, en su consecuencia, trasladado á Francia, donde se reunió á su madre. Mas llevaba en su corazon el gérmen de la muerte en las tristes imágenes de su padre y de su hermana, que le per-

seguían constantemente: las alegrías de la Restauración no aliviaron su dolor, y murió á los veinte y un años, triste y melancólico, en Whitehall, sin haber tomado parte alguna en las fiestas de la coronación de su hermano Carlos.

IX.

Por mucho tiempo quedó olvidada la humilde sepultura de la princesa Isabel.

En 1854, la antigua iglesia de Newport fué destruida, y el príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria, puso la primera piedra del nuevo templo, adonde fué llevado el féretro de la princesa.

En 1856, la isla de Wight glorificó la memoria de Isabel con una fiesta magnífica, á que asistió, con la reina, la aristocracia inglesa y un numeroso pueblo; haciéndose una cuestación, que fué muy productiva, para elevar un monumento digno de la princesa, cuyo dulce fantasma es la poesía y el encanto de la isla. La reina había ofrecido la estatua que debía coronar el monumento.

Esta estatua, obra de Marochetti, representa á la princesa tal como fué hallada muerta en su lecho, extendida, blanca y púdica entre los pliegues de su ropa: la cabeza, de una belleza ideal, descansa sobre la Biblia, y los cabellos cubren en parte el cuello, el pecho y los brazos. Es una figura casta y celestial, cual conviene al sepulcro de una virgen tan angelical como Isabel Estuardo.

CARLOTA A. DE L.

JULIA.

(Continuación.)

VII.

Volvamos á casa de don Crisanto.

—¿De dónde vienes? preguntó este á Luisa viéndola subir precipitadamente la escalera.

—Vengo.... de comprar agujas para la señorita.

—¡Agujas! ¡pero si mi hija no cose jamás!

—Es que me parece haberla oído decir que vá á bordarle á usted unas zapatillas.

—¡Calla! y ¿quién la ha enseñado á bordar?

—¿Quién?... ¡yo! ¡Si es muy fácil, señorito!

—¿Conque tú sabes hacer todos esos perfiles?

—¡Vaya si sé! ¿piensa usted que en Trasmiera no se borda?

—Yo creía que allí nadie se ocupaba sino en destripar terrones. Y ¿á qué altura estamos de comida?

—Voy ahora mismo á poner la mesa.

—¡Cómo! ¿las dos menos cuarto y aun no está puesta? Pero ¡esto es un escándalo!... ¿á qué hora se come en esta casa?

—Es que, diré á usted, la señorita ha estado un poco mala, y la he peinado muy tarde.

—Eso no son mas que pretextos, Luisa. Todos los días sucede lo mismo, y ya he dicho que quiero comer á la una. ¿A dónde está mi hija?

—La señorita está en su cuarto.... ¡pero no entre usted!... que aun no se halla vestida.

—¡Esta muchacha, murmuró don Crisanto, concluirá por hacernos comer á la francesa!... ¡Dila que aligere, y á ver si pones la mesa corriendo!

Luisa entró en el gabinete de Julia, mientras que don Crisanto, con la paciencia del justo, se paseaba por el comedor.

—Tome usted, señorita, le dijo entregándole la carta de Eliseo Valcárcel. Por su causa acaban de echarme una peluca de mi flor.

—¿Quién?

—Su padre de usted.

—¿Ha subido ya?

—Me le encontré en la escalera cuando subía, y está rabiando porque no ha visto la sopa en la mesa.

—¿Te preguntó algo?

—Sí, señora; y he tenido que decirle tres ó cuatro mentiras. Conque ande usted, que está esperando en el comedor. No ha entrado aquí, porque le dije que estaba usted vistiéndose. ¡Ah!... también le he dicho que venía de comprar agujas para bordarle unas zapatillas, y que había estado usted un poco mala.

—Eres una alhaja, Luisa.

—Lo que no impedirá que don Crisanto me ponga de patitas en la calle el día menos pensado por ser complaciente con usted.

—¡Báhl! ¡no te apures!... Ya sabes que las riñas de mi padre no son temibles. Anda, anda, vé á poner la mesa para que no se impacienta.

Luisa echó á correr hácia el comedor. Julia dió una vuelta á la llave de su gabinete, se dejó caer en una butaca, y abrió la epístola color de rosa de su desconocido Gerineldos.

Antes de empezar su lectura, fijó una mirada en el cielo raso y se llevó la mano al corazón como para contener sus latidos.

En seguida desplegó el papel, y

—¡Me escribe en verso! murmuró en voz alta al reparar la estructura de las líneas. ¡Es poeta!... ¡oh! ¡gracias, gracias, Dios mío!

La carta decía de esta manera:

«Señorita, la he visto, y esto basta

»Para decir á usted que la idolatro;

»Porque ¿cómo mirar tantos hechizos

»Con imposible corazón?

»Mi mano

»Tiembra al trazar estas informes líneas

»Porque temo, y espero, y dudo, y amo,

»Y no sé si al fijar usted en ellas

»Sus bellos ojos, odiará al osado

»Que á levantar los suyos hoy se atreve

»Hasta ese rostro angélico, en que tantos

»Detienen sus miradas codiciosas.

»Pero mi corazón volcanizado,

»Sin reparar en el humilde pecho

»Que le sirve de cárcel, ni en lo alto

»Del ángel de su amor, ¡habla! me dice;

»Y doblego la frente á su mandato.

»¡Dichosos, señorita, los que pueden

»Resistir á la voz de este tirano!

»¿Quién soy yo para osar á tal belleza?

»Soy del mar de la vida un pobre náufrago,

»Cuya nave dejaron los dolores

»Rota y desmantelada entre peñascos.

»No tengo mas que un corazón ardiente,

»Aunque herido por tristes desengaños,

»Y por todo recurso el arte... ¡un arte

»Que desprecian los míseros humanos!

»Pero un arte sublime que subyuga,

»Y arrebató y abrasa de entusiasmo

»A los que le comprenden. En resumen:

»Tal como soy, artista y desgraciado,

»La adoro á usted, y al encontrarla dije:

»Héla aquí: este es el dulce y tibio rayo

»De esperanza, que, allá entre las tinieblas

»Del negro porvenir, iba alumbrando

»Mi azaroso camino; este es el ángel

»Cuyos ojos azules he mirado

»En mis noches de insomnio; esta es la isla

»Esmaltada de rosas y de nardos

»Que en el revuelto mar de mi existencia

»Asomaba á la luz de los relámpagos!...

»Hoy es usted, señorita,

»Mi sola esperanza, el ángel

»Que puede trocar en néctar

»La hiel que hierve en el cáliz

»De mis acerbos dolores.

»Dígnese usted contestarme,

»Y no olvide que una sola

»De sus palabras, la llave

»Puede ser de un paraíso

»De venturas eternas

»Para el que besa sus piés

»Eliseo Perez Valcárcel.»

Cuando Julia acabó la lectura, su corazón no cabía

en el corsé y sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

—¡Señorita! gritó Luisa desde la puerta. Cuando usted quiera puede venir á comer.

Julia guardó la carta, enjugó sus ojos con el pañuelo, y fué á reunirse con su padre.

—Buenos días, hija mía, la dijo don Crisanto besándola en la frente. Luisa me ha dicho que habías estado mala: ¿qué has tenido?

—Nada, papá, que me dolía un poco la cabeza.

—¿Y te sientes mejor?

—Sí, desde que me levanté me encuentro mas aliviada.

—Apuesto á que eso consiste en que te quedaste anoche leyendo hasta la una ó las dos. Es preciso que pierdas semejantes costumbres, hija mía, porque esos desvelos te hacen muchísimo daño.

—¡Pero si anoche no leí, papá!

—¿Qué hiciste?

—Me acosté en cuanto vinimos del muelle.

—Entonces, tu dolor de cabeza es de tanto dormir.

—No lo creas, porque estoy despierta desde que Luisa entró á las nueve con el chocolate.

—Y la has entretenido toda la mañana en tu cuarto, para que nos ponga la comida á las tres de la tarde.

—¡Nó, que comeremos á las doce como si estuviéramos en la aldea! Papá, ya te he dicho que eso es una antigualla....

—¡Una antigualla! ¡pero si todo el mundo come á la una!

—¿Y por qué hemos de hacer nosotros lo que hacen todos?

—¡Pero, hija, considera que no puede estar uno con una jícara de chocolate desde las ocho hasta las tres!..

—Con almorzar á las once se salva el inconveniente. Luisa os bajará el almuerzo al escritorio.

—¡Eso es, comeremos á la francesa! Nó, yo soy ya viejo para cambiar de régimen.

—Pues bueno, entonces comerás tú solo, porque á mí me hace daño comer en seguida que me levanto.

—Vamos, no seas chiquilla, Julia. Eso no es mas que un capricho que á nada conduce. ¿No dá lo mismo comer á una hora que á otra?

—Pues si dá lo mismo, ¿por qué no quieres complacerme?

—Porque yo tengo mis ocupaciones, mis horas fijas...

—Bien: no volveré á decirte una palabra.

Y Julia, con el aire de una reina ofendida, fué á sentarse frente á su padre.

Este desplegó su servilleta, se la puso á guisa de barbero y tomó el cucharón.

—¿Quieres sopa?

—Nó.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ganas.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Sí.

—¿Porque no quiero cambiar mis horas?...

—¿Porque eres un egoista que no atiendes mas que á tu comodidad.... que no me complaces en nada!

—Vamos, Julita, come, y yo te complaceré en otra cosa mas razonable.

—¡Sí!... ¡lo mismo sucedería!

—Nó, no sería lo mismo, porque ya sabes que te doy gusto en todo cuanto me pides.

—En todo aquello que no exige ningun sacrificio de tu parte.... Y si no, veamos: ¿me empeñas tu palabra de concederme lo que te pida?

—En no siendo cambiar mis horas de comer....

—¡Luisa! gritó Julia interrumpiendo á su padre. Mira, en cuanto concluyas de servir á la mesa, llégate al teatro y dí al espendedor de billetes de parte de papá que te dé el abono de un palco....

—¡Pero, Julia!...

—¡Nada!... ¡me has empeñado tu palabra!

—¡Si sabes que el teatro me aburre, y que solo por complacerte voy alguna que otra vez!

—Pues á mí me gusta, y supongo que no me dejarás ir sola con la criada.

—Yo iré contigo de cuando en cuando....

—¡Nó; has de venir todas las noches!... Me han dicho que el teatro está ahora muy concurrido, que hay buena compañía, y yo quiero que tengamos un palco, de igual modo que le tienen don Paulino, don Justo, don Ramon y todos los comerciantes del muelle.

—Tiene razon la señorita, dijo Luisa. ¿Por qué ha de ser usted menos que ellos?

—¡Nadie te pide parecer, habladora! exclamó don Crisanto aprovechando la ocasion de descargar sobre alguno el mal humor que los caprichos de su hija empezaban á ocasionarle.

—Vamos, papá, no te enfades: para decir que no quieres hacerlo, no se necesita reñir. ¡Ahí tienes otra prueba de lo complaciente que eres conmigo!

Y Julia se puso en pié.

—¿A dónde vas?

—A mi cuarto, papá.

—¿No comes?

—¡Nó!

Este nó seco y despegado habria hecho dar un brinco en la silla á cualquier otro padre; pero don Crisanto, cuyos oidos estaban ya acostumbrados á respuestas parecidas, se contentó con juntar las manos, hacer un leve movimiento de cabeza y dirigir al cielo una mirada; pantomima que, á no dudarlo, queria decir: *¡yo me tengo la culpa!*

Despues, viendo los ojos de su hija velados por una lágrima:

—¡Luisa! exclamó lanzando un suspiro, ¡anda, vé á donde te manda tu señorita! Vamos, ¿estás contenta?

—Pues ¿qué ha de hacer mas que estarlo? repuso la trasmerana.

—¡Ya te he dicho que no te mezcles en lo que no te importa, bachillera! ¡Habrás visto habladora semejante!... Ven, hija mia, dame un abrazo, y siéntate.

Julia volvió á ocupar su sitio, despues de abrazar á su padre, y ambos se pusieron á comer con el mejor apetito.

—¿Ves, la dijo á este, cómo al fin concluyo por hacer lo que te se antoja?

—Sí, papá, ya sé que nadie te gana á condescendiente.... cuando quieres serlo. Pero tambien consiste en que yo no te pido imposibles.

—¡Sin embargo, sabes que tus comedias me producen sueño, y te empeñas en que me abone al teatro!

—¡Por Dios, papá, que no te oiga nadie decir eso!

—Y ¿por qué no lo he de decir, si es la verdad?

—¡Porque es de muy mal gusto! ¡dormirse en el teatro!

—Y ¿cómo quieres que yo le remedie, si á mí no me gustan esas farsas?

—Pero esas farsas, como tú dices, divierten y enseñan á conocer el mundo.

—¡Báh! ¡buenos estaríamos si no conociéramos el mundo de otra manera!

—Eres incorregible, papá, permíteme que te lo diga.

—Bueno, hija mia, doblemos la hoja. Te he prometido ir, é iré aunque me duerma. Hablemos de otra cosa mas interesante. ¿Sabes, Julia, que tengo que darte dos buenas noticias?

—¿Cuáles?

—El *Aguila* entró esta mañana con mil cajas, doscientos sacos de cacao y trescientos zurrone de añil. A la media hora de echar el ancla, ya tenia vendido casi todo el cargamento ¿A que no adivinas cuánto ganamos en el viaje?

—¡Qué sé yo, papá! yo no entiendo una palabra de eso.

—¡Veinte mil duros libres!.... ¿qué tal, éh?.... ¿no es verdad que es un magnífico negocio?

—¿Y qué vas á regalarme?

—Lo que tú quieras.

—Mándame hacer un bote para pasear por la bahía.

—¡Muchacha!.... ¿estás loca?

—Nó, papá: Brígida Arana tiene uno y pasea en él todas las tardes.

—Pero, ¿quién irá contigo?

—Un marinero ó un mozo del almacén.

—Bueno, te le encargaré cuando vaya al astillero.

—Ten presente que le quiero con toldilla y pintado de blanco..... ¡Ah! tambien necesito libros; no tengo nada

que leer. Yo te daré una nota para que mandes por ellos á París. ¿Cuál es la otra noticia, papá?

D. Crisanto sacó una carta del bolsillo de su levita.

—¿La otra? dijo sonriendo, ¡ya verás, ya verás lo que me escribe ese tarambana!

—¿Quién?

—¡Santiago!.... ¡Tu primo!....

—¿Vá á venir?

—¡A mediados de agosto le tenemos aquí! La *Armida* debe traer á esta fecha veinte dias de navegacion. ¡No hay otro Santiago en el mundo!.... ¡en diciendo allá voy, nada le detiene! Escucha:

Habana 10 de junio de 185.....

«Mi querido tío: Segun anunciaba á usted en mi última, los 4600 barriles fueron vendidos á bordo al tercer dia de mi llegada, con una utilidad de 6 rs. en arroba.»

—¿Eh? ¿qué te parece? ¡seis reales!.... ¡es decir, doce mil duritos limpios de polvo y paja.

«En cuanto al aceite, me le quitaron de las manos, como que en la plaza no habia una gota. Las 300 pipas quedan colocadas á 16 y $\frac{1}{2}$ fuertes en casa de los señores Rovira hermanos.»

«Viéndome con la fragata vacía y sin haber recibido carta de usted con instrucciones, determiné cargar para hacerme en seguida á la vela, porque los muchachos quieren ir á la romería de los Mártires.»

«El azúcar estaba por las nubes, y el café era malísimo. En cuanto al cacao, apenas habia en la plaza para el consumo.»

«Ya iba á cargar de campeche, por no irme en lastre, cuando la llegada del bergantin *Ligero* vino á sacarme de dudas. Su capitan me anunció el alza que han tenido en esa la cochinilla y el bacalao, y acto continuo hice una compra de 9000 quintales del segundo y de 600 cajas de la primera, como verá usted por la adjunta factura. ¡Voy á llenar la fragata hasta las escotillas!»

«Para el lunes de la semana próxima quedará hecha la carga, y en seguida zarpo y salgo echando demonios.»

«Si no hay un contratiempo, este será el mejor viaje de todos cuantos ha hecho La *Armida*.

«Conque tío mio, trate usted de colocar el cargo á la vela, antes que una baja venga á echarnos á perder el negocio.»

«Un abrazo á mi prima, y hasta la vista, que se larga el correo.»

«Santiago Ortega.»

—¿Qué tal? ¡el diablo es este Santiago! exclamó don Crisanto radiante de alegría. ¡Nueve mil quintales de bacalao!.... ¡y sin una espina en toda la plaza!.... ¡abrazo como el que le voy á pegar á ese bribon en cuanto llegue!.... ¿Sabes cuánto ha subido este artículo, Julia?

¡veinte reales en quintal! ¿eh?.... ¡y ya tengo vendidos mas de tres mil!.... ¿No te alegras, hija mia?

—Sí, papá; pero como yo no entiendo tus cuentas.....

—Si es muy fácil. Mira, no hay mas que hacer una simple multiplicacion: nueve mil por veinte, ciento ochenta mil, sin contar la utilidad sobre el mercado antiguo. ¡Cuando te digo que tu primo vale un Perú! Ya me parece que le estoy viendo entrar por esa bahía, gritando con ese pulmon que él tiene: ¡arria en banda! No hay en todo el puerto ni un marino mas bravo, ni un comerciante con mejor golpe de vista. Cuando él dice: «Tío, venda usted tal género,» de seguro que á los ocho dias hay una baja al canto. Pues ¿y en el mar? ¡cualquiera puede darle caza en cuanto empieza á echar trapo en aquellos mástiles! Pero en cambio, cuando manda coger rizos, ya sabe la tripulacion que el huracan no anda lejos. El viaje pasado cuando venia á la altura de las Azores, con un tiempo magnífico, subió un dia á cubierta y examinó el horizonte con el antejo. ¡Todo el mundo arribal gritó. ¿Qué ocurre, capitan? le dijo el piloto. Que tenemos encima la tormenta, y es preciso no dejar mas vela que el foque. ¡Pues si no hay una nube en el cielo! Mire usted, mire usted por dónde asoma el peligro. Y le enseñó una nubecilla del tamaño de una naranja, que empezaba á levantarse por el Poniente. Una hora despues, La *Armida* navegaba á palo seco haciendo trescientas brazas por minuto, y los golpes de mar cubrian la cubierta de proa á popa. ¡Si no es por su prevision, adios arboladura! ¿No es verdad, hija mia, que esto es lo que se llama ser un marino?

(Se continuará.)

LAS DOS SENDAS DE LA VIDA.

Los antiguos decian que al principio de la vida, el hombre encuentra delante de sí dos sendas.

La una de la desgracia ó del vicio; la otra, de la felicidad ó de la virtud.

A la entrada de la primera se encuentra un personaje que seduce al primer golpe de vista; lleva una máscara adornada de colores brillantes, pero que cubre un rostro pálido, lívido, hollado por los disgustos y devorado de remordimientos.

Invita con aire seductor á que le sigan, y muestra un camino sembrado de flores; pero estas flores se secan luego que han sido tocadas, y ocultan precipicios que no se ven sino cuando ya no es tiempo de evitarlos: al fin de esta senda se encuentra un abismo en el cual sois precipitado sin piedad.

A la entrada de la otra senda se presenta una hermosa muger de figura imponente y severa, pero llena de benevolencia, y dice:



Dibujo de trencilla al pasado para adornar vestidos de niño.

«No os quiero engañar; todo lo bello y excelente que hay en la naturaleza se adquiere á costa del trabajo: la Providencia lo ha dispuesto así. Si quereis que os sea favorable, es necesario rendirle homenaje; si quereis que os amen vuestros amigos, es preciso hacerles bien; si quereis que os honren en vuestra patria, debeis serle útiles; si quereis que la tierra os dé sus frutos, es indispensable cultivarla; en fin, si quereis tener un cuerpo robusto, es menester acostumbrarlo á obedecer al alma y habituarlo al sudor y á los esfuerzos laboriosos; despues de algun tiempo de prueba llegareis al término de vuestros trabajos, y gozareis, en fin, de una felicidad eterna.»

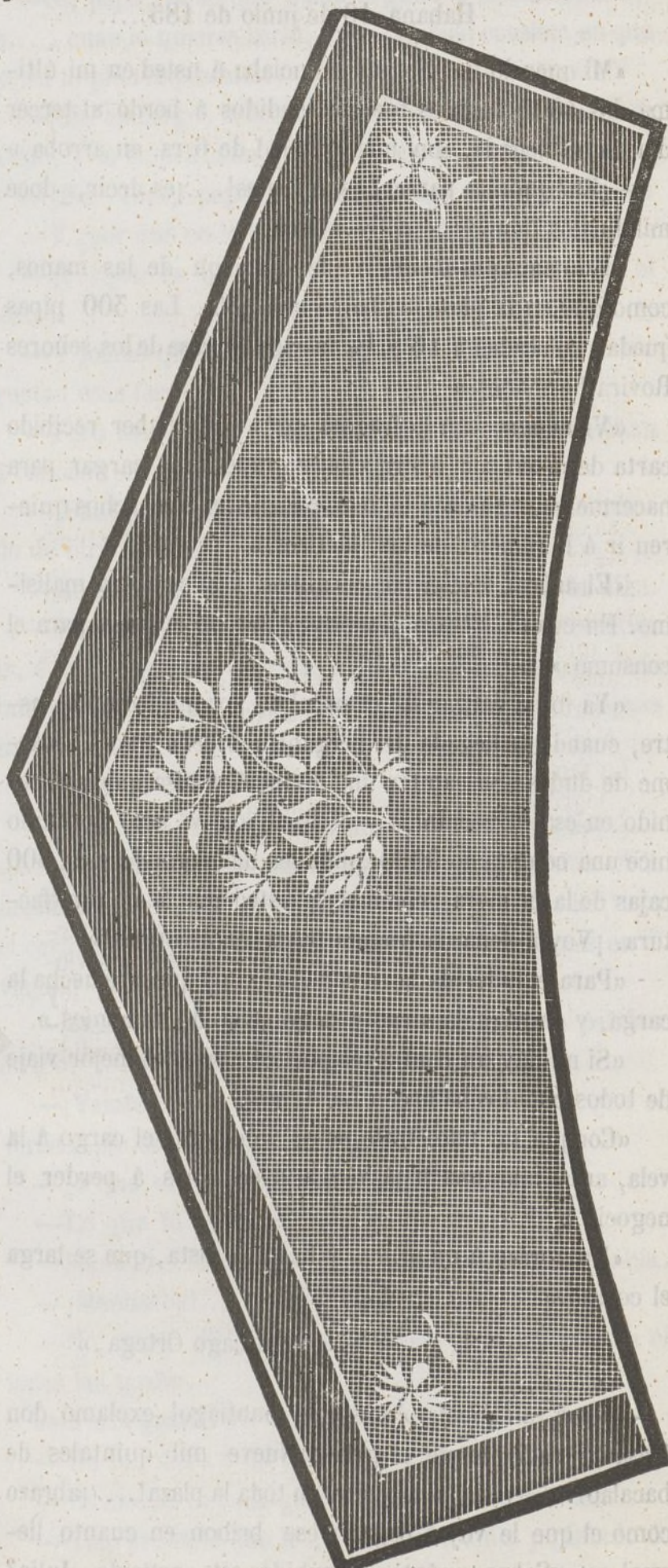
Mas felices que los antiguos, nosotros tenemos la ventaja de poseer un guía seguro que jamás nos engañará. El Evangelio nos traza una senda invariable, y son muchos los consuelos que nos esperan si seguimos sus sábias máximas y si practicamos las virtudes que nos enseña.

El camino de la virtud, por penoso que pueda parecer, es el único que conduce á la felicidad; el del vicio, por el contrario, por agradable que sea su entrada, termina infaliblemente en el infortunio y en la miseria. Es una ruta espaciosa en la cual se camina primero á través de risueñas praderas; pero se encuentran luego desfiladeros sombríos y peligrosos por los cuales se llega á precipicios en el horror de una noche tenebrosa. El camino de la virtud es menos cómodo en su entrada, menos fácil de seguir; pero cuanto mas se avanza en él, mas se allana, mas gratas perspectivas ofrece, que se contemplan desde lejos con encanto, aproximándose siempre á ellas con creciente alegría.

T.

LA JUSTICIA Y LA CARIDAD.

No hacer á otro lo que no quisiéramos que hiciesen con nosotros mismos, es la justicia: hacer por otro en todas ocasiones lo que quisiéramos que hiciesen por nosotros, es la caridad.



Mangas de aplicacion.

Vivia un artesano del producto de su trabajo, y con él atendía desahogadamente á cubrir todas las necesidades de su muger y de sus hijos; porque estando en buena edad y siendo robusto, tenía seguridad de hallar siempre ocupacion que le rindiese lo bastante para proveer á la subsistencia de su familia. Pero sobrevinieron trastornos en el pais y el trabajo empezó á escasear; porque no reportaba utilidad á los que lo pagaban, y al propio tiempo aumentaba el precio de todas las cosas.

El artesano y su familia empezaron á sufrir grandes privaciones, porque se quedó muy luego sin trabajo. Poco á poco fué consumiendo sus pequeños ahorros y el valor de los muebles de su casa, que vendía uno á uno, y hasta el de sus mismos vestidos, llegando por fin á verse privado de todo recurso, desnudo y frente á frente con el hambre: tambien las enfermedades entraron en su pobre vivienda para aumentar sus desgracias.

Pero este hombre tenía dos vecinos: el uno rico y el otro no menos acomodado. Se acercó al primero y le dijo: «Mi muger, mis hijos y yo nos hallamos privados de todo; tened piedad de nosotros.»

El rico le contestó: «¿Qué he de hacer yo? Cuando habeis trabajado para mí ¿os he cercenado vuestro salario ni diferido su pago? jamás os causé daño á vos ni á nadie, y conservo mis manos puras de toda iniquidad. Me aflige vuestra miseria, pero ninguno debe dormirse en estos tiempos tan malos; porque ¿quién sabe cuánto durarán?»

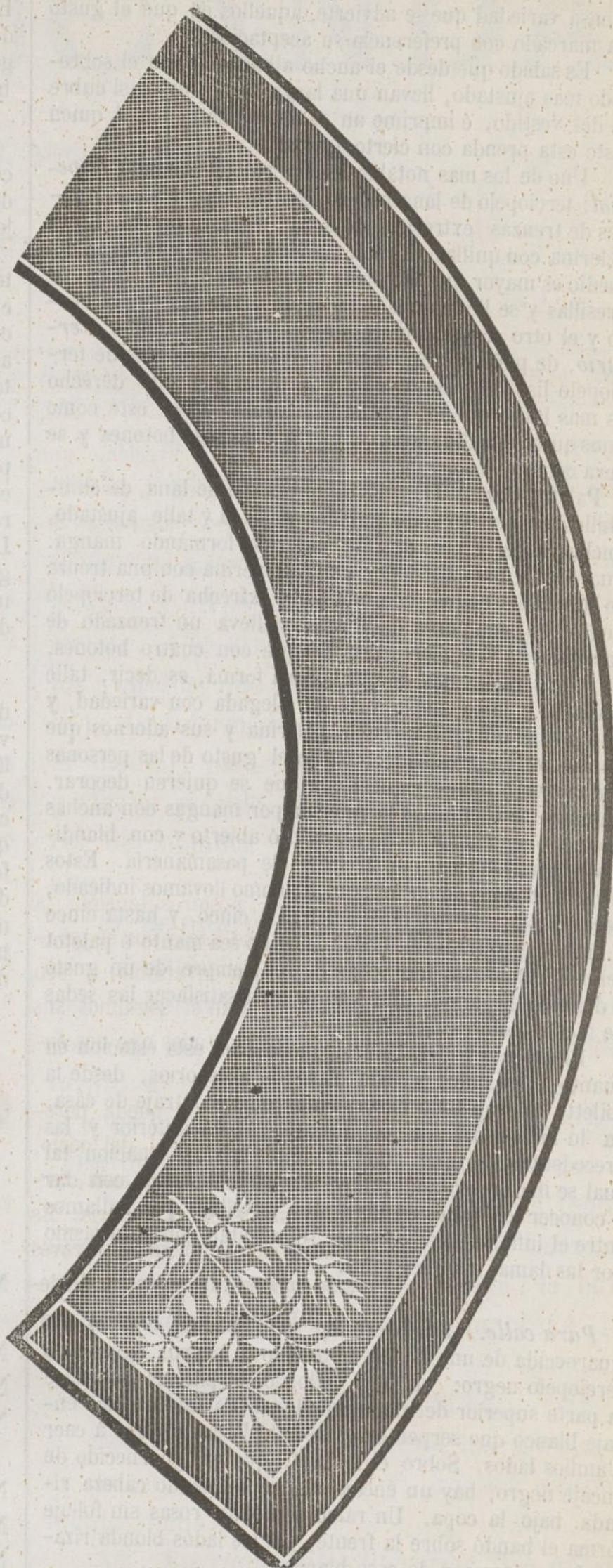
El pobre padre se acongojó, y con el corazon lleno de angustia se separaba lentamente de él, cuando encontró al otro vecino no menos rico, el cual, viéndole pensativo y triste, le dijo: «¿Qué teneis? ¿Qué causa la tristeza en vuestro semblante y hace saltar las lágrimas de vuestros ojos?»

El infeliz artesano le manifestó con voz alterada su infortunio; y cuando hubo concluido, le dijo el otro: «¿Por qué afligiros de esa manera? ¿No somos todos hermanos? ¿Y cómo podré yo abandonar á mi hermano en su desventura? Venid y partiremos lo que yo debo á la bondad infinita de Dios.»

La familia del artesano, que tan amargamente sufría, logró así un socorro constante hasta que pudo proveer por sí misma á sus necesidades.

Pasaron muchos años, y por fin los dos ricos comparecieron ante el Juez de las acciones humanas, que dijo al primero: «Mi vista te ha seguido á todas partes: tú te has abstenido de alimentar á otro, de violar sus derechos; has cumplido rigurosamente la ley estricta de la justicia, pero cumpliéndola, no has mirado por tí. Tu alma seca y dura no ha comprendido la ley del amor; y por tanto, en este mundo nuevo, donde entras pobre y desnudo, harán contigo lo que tú has hecho con los demás. Tú reservaste para tí solo los bienes que te concedieron, no has dado nada á los demás; nada mas te será concedido: no socorríste á tus hermanos, tampoco tendrás quien te socorra. No has pensado mas que en tí, y no has amado á otra persona que á tí propio; sírvete de tí mismo.» Y volviéndose al segundo le dijo: «Parece que tú, no solamente has sido justo, sino que la caridad tuvo entrada en tu corazon, porque tu mano se abrió para repartir los bienes de que eras depositario sobre aquellos de tus hermanos menos felices, cuyas lágrimas enjugaste. Bien: recibe la recompensa del que tan plenamente ha cumplido el deber que le impone la ley de la justicia y la del amor.»

L.



Cuello de aplicacion.

MODAS.

En nuestro número anterior hemos ofrecido dar una reseña de las diversas confecciones que la alta moda ha admitido para abrigo en la estación presente, y cumplimos hoy desde luego nuestra promesa tomando de la in-

mensa variedad que se advierte, aquellos en que el gusto ha marcado con preferencia su aceptación.

Es sabido que desde el ancho albornoz hasta el sobretodo mas ajustado, llevan una larga falda que casi cubre la del vestido, é imprime un sello de distinción á quien viste esta prenda con cierto gusto.

Uno de los mas notables es un paletot llamado *Imperial*: terciopelo de lana oscuro, guarnecido de siete órdenes de trenzas estrechas de seda negra retorcida. Lleva pelerina con quillas de pasamanería, de las cuales la del medio es mayor que las otras dos: se cierra por medio de presillas y se lleva un lado recogido y vuelto sobre el brazo y el otro cayendo naturalmente.—Otro titulado *Mercurio*, de paño mezcla oscuro, cuya guarnición es de terciopelo liso del mismo color ó de trenza; el lado derecho es mas largo que el izquierdo y cruza sobre este como unos quince centímetros, se cierra con dos botones y se lleva como el *Imperial*.

Paletot *Cárlos II*. Es de terciopelo de lana, de chinchilla gris-pensamiento subido: espalda y talle ajustado, ancha falda y por delante pelerina formando manga: guarnecida todo alrededor y en la pelerina con una trenza de terciopelo negro, con una cinta estrecha de terciopelo negro; en cada punta de la pelerina lleva un trenzado de pasamanería y se cierra por delante con cuatro botones.

Otros varios hay de esta misma forma, es decir, talle ajustado y falda ancha y larga plegada con variedad, y que solo se diferencian en la pelerina y sus adornos que pueden variar á capricho, segun el gusto de las personas y la mayor ó menor riqueza con que se quieren decorar. También se reemplaza la pelerina por mangas con anchas vueltas ó sin ellas, pecho cerrado ó abierto y con blandidses y guarnecidos con trenzas de pasamanería. Estos abrigos, hechos de costosas telas, como llevamos indicado, necesitan de cuatro y medio metros á cinco, y hasta cinco y medio, segun que el modelo elegido sea manto ó paletot semi-ajustado: los forros han de ser siempre de un gusto y delicada elegancia, que solo pueden satisfacer las sedas de medios colores bien entendidos.

El aspecto general de la moda para esta estación en cuanto á vestidos y toda clase de accesorios, desde la toilette de gran tono hasta el mas modesto traje de casa, ya lo hemos descrito en nuestra revista anterior y las precedentes, en que anunciábamos la trasformación tal cual se iba presentando; hoy nos contentaremos con dar á conocer los trajes de mas alta novedad que hallamos entre el infinito número que se aceptan con entusiasmo por las damas mas elegantes.

Para calle. Sombrero de raso blanco con el ala guarnecida de una banda de terciopelo negro. Bavolet de terciopelo negro: un bello adorno de plumas guarnece la parte superior del ala, llevando por delante un rico encaje blanco que serpentea entre las plumas y viene á caer á ambos lados. Sobre el bavolet, que vá guarnecido de encaje negro, hay un encaje blanco formando cabeza rizada bajo la copa. Un ramo de bellas rosas sin follaje forma el bandó sobre la frente, y á los lados blonda rizada. Las cintas son de raso blanco.

Vestido de *moaré antique* adornado con piel de martas y botones de pasamanería y presillas de trenzas. El cuerpo y la falda seguidos, como los vestidos á lo *princesa* y de *casaca*; pero los pliegues están formados debajo y cosidos hasta media falda, donde se desenvuelve todo el ancho. Una banda de piel de marta forma el cuello y vuelve por delante descendiendo todo lo largo de ella, y otra parecida forma espaldeta. Sobre la manga están formadas las vueltas por dos tiras de la misma piel.

En la parte anterior de la falda hay dos bolsillos marcados con la misma guarnición. Cuello pequeño rizado, siguiendo el escote del vestido, y manguitas blancas bien huecas.

Traje de baile. Tocado de rosas y plumas blancas, colocado en bandós muy ligeros, que vienen hasta detrás de la oreja para unirse á una gruesa trenza que los sujeta el peinado.

Vestido de tul blanco y tul rosa. Cuerpo escotado, talle un poco corto formando punta adelante: lleva sobre el pecho una manteleta de tul rosa á pliegues regulares, cuyo bajo se guarnece de una pequeña blonda, y en lo alto vá adornada de rizados de blonda formando camisetita: en medio se fija una bella rosa sin follaje. Manga corta y hueca de tul blanco, guarnecida por delante con un pequeño volante encañonado de tul rosa y atrás uno parecido de tul blanco. Gran túnica de tul rosa montada en el talle con la primera falda blanca y abierta adelante, recogida á los lados con una rosa y formando cola atrás. Lleva dos faldas de tul blanco: la primera lisa y la segunda guarnecida de volantes encañonados alternativamente de tul rosa y tul blanco, sobrepuestos partiendo desde el bajo de la primera falda.

Vestido de gró verde. La falda con un volante rizado de tafetan verde subido, y al que se sobreponen dos volantes mas estrechos dispuestos en ondulaciones: el volante mas subido tendrá un ancho de diez centímetros, y de los otros dos, el primero tendrá seis y el segundo cinco centímetros. Esta guarnición se remonta por el lado izquierdo, llevando en el interior un trenzado de seda verde formando hojas en cada ondulación. Las mangas adornadas como la falda, anchas de abajo: cuerpo alto, abotonado y con el mismo rizado que el vestido. Este adorno haria muy bien en un vestido para una jóven, suprimiendo el de la subida al lado izquierdo.

EMILIA R. y R.

EXPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

PARA LA EDICION COMPLETA Y SUSCRICION ESPECIAL.

- Núm. 1. Delantera de vestido de niño bordado á la inglesa.
- Núm. 2. Cuerpo del mismo vestido.
- Núm. 3. Entredos para id.
- Núms. 4 y 5. Cuello y mangas á plumetis y feston punto de rosa.
- Núm. 6. Esquina de pañuelo á plumetis.
- Núm. 7. Entredos á plumetis y á la inglesa.
- Núm. 8. Guarnición á plumetis.
- M. R. A. Iniciales pedidas por una suscritora para bordar con hilo de oro.
- J. G. V. Id. para bordar á realce.
- A. Ll. Id. id. id.
- L. G. Id. id. id.
- T. B. Id. id. id.
- F. M. D. Id. á realce y abiertas.